

CARTA DE AMOR Y RECUERDO

Han pasado cuarenta inviernos este verano, pero todavía me acuerdo de ti. Todas las mañanas me miro en el espejo y recuerdo las cosas que una vez dijeron de nosotros. Me dijeron que jamás te olvidaría, que disfrutase mientras pudiera, que era joven y afortunado. Ahora sé que, en efecto, lo era.

Ahora recuerdo esos tiempos, esas clases, esas cervezas después de las clases; colgar la mochila al hombro y dejar las sillas temblando para llegar al último seminario, a la última conferencia, al último congreso, a las clases de salsa en primero, a las de tiro con arco en segundo, a las de poesía en tercero. Siempre juntos.

Recuerdo mudarme a la ciudad durante cinco días y volver el sábado para comer con mi madre, con mi padre, con mi hermano, con mi abuela... y tener esas ganas terribles de volver a verte. Tú hiciste que los lunes fueran el mejor día de la semana. Sí, he dicho los lunes. Desde entonces nunca volvieron a ser iguales.

Recuerdo esas noches: llegar a las once, a las doce, a la una. Recuerdo llegar más cansado que hambriento, levantarme a las siete de la mañana, vivir corriendo, correr comiendo, comer estudiando, estudiar durmiendo. Las veces que me hiciste sufrir, las veces que no me dejaste descansar, pero no importa, no importa en absoluto, todo está perdonado ya. Te echo de menos. Te extraño y te añoro cada día, frente al espejo, mientras desayuno, cuando leo...

No me malinterpretes, también hubo momentos felices. Recuerdo suspender un examen y aprobar otro, sacar una matrícula y llamar a casa para celebrarlo. Sí, también hubo momentos felices. Los más de ellos. Me hacías muy feliz, demasiado, demasiado... Por tu culpa debía de parecer un tonto, con esa sonrisa de soñador, un poco taciturno, un poco payaso, despistado, ridículo a veces, pero siempre me dabas motivos para seguir adelante.

Recuerdo bostezar en un despacho, en una tutoría, en una revisión. Y salir corriendo, fumar ese cigarro, dejar el tabaco, dejarlo para siempre, beber otra cerveza, la ansiedad, el éxito, el fracaso... Pero tú me provocabas una emoción ingenua y un poco imprudente. Tú eras el sol y yo era Ícaro, pero no me quemabas. No, tú no me quemabas. Creo que también me querías, me cuidabas, me transmitías la sensación de que esos eran los mejores años de mi vida. No sabría cómo agradecer todo lo que hiciste por mí.

Mañana cumpliré sesenta y cinco, y de aquello, de todo aquello, es de lo primero que me he acordado cuando me he levantado: de esos años, de esas mochilas, de esos apuntes, de ese correr, de esas escaleras, de esa puerta, de esa calle, de ese bar que ahora está cerrado, de ese llorar, de ese reír, de esa fiesta, de ese trabajo, de ese concierto, de ese cine, de ese gato, de esa biblioteca, de ese libro, de ese viaje, de ese profesor, de ese amigo, de esa compañera, de ese tren, de ese café, de esa cena, de esa manifestación, de ese abrazo, de ese beso...

Quizá nos podamos volver a encontrar algún día, más bien pronto. Sí, pronto. Ha sido un verano de cuarenta años, pero todavía no es demasiado tarde para nosotros... Quizá me dejes cruzar tus puertas una vez más, quizá puedas volver a abrazarme con tus paredes, enseñarme cosas nuevas. Todavía no es demasiado tarde, y me gustaría volver. Sí, ahora que voy a tener tiempo me gustaría volver a verte, caminarte los pasillos, llegar el primero a clase y salir el último para quedarnos a solas. Sí, quiero volver a sentarme en tus sillas, acariciar tus pupitres, escuchar tus voces, volver a tomar apuntes, reírme contigo, tomarnos un café en tu terraza —en nuestra terraza—, leer un libro en tus jardines, acariciar tus balaustradas, tumbarme en tus bancos, dormirme un rato. ¿Volverías a cuidar de mí?

Quiero volver a sentir tu mano cuando se me caen los bolígrafos al suelo, quiero que nuestras miradas se encuentren de nuevo, que te sonrojes, que se me empañen las gafas... Sí, ahora llevo gafas. El tiempo no me ha perdonado. En cambio, tú pareces más joven cada día que pasa: tienes paredes nuevas, profesores nuevos, cristales nuevos... Estás mejor que nunca, pero tan hermosa como siempre.

Algún día yo me marcharé y tú seguirás aquí, haciendo lo que mejor sabes hacer, incansable, como el primer día. No, no creas que me duele; me hace feliz saber que tú me sobrevivirás. Eres buena, eres buena... los jóvenes te necesitan, hoy más que nunca. Te necesitan como yo te necesité un día. ¿Qué habría sido de mí sin ti? Pero déjame volver a verte una vez más. No importa la ciudad, sé que puedo encontrarte en cualquier parte. Hazme feliz, hazme feliz. Todavía podemos recuperar el tiempo perdido. No quiero marcharme sin despedirme de ti.

Siempre tuyo

29 de noviembre de 2056

Seudónimo: Ovidio Qabbani